



Letras y gobierno: el caso del FCE y sus programas

ALEJANDRO
BADILLO¹

El vínculo entre apoyo gubernamental y creación artística no es nuevo en México ni en el mundo. La Revolución Mexicana de 1910 no sólo creó una nueva clase política, sino que comenzó a transformar al país en el ámbito económico y social. La nueva construcción de México – después de un pasado lleno de conflictos internos e intervenciones extranjeras – se planteó como una oportunidad para crear una identidad de lo mexicano y el poder político.

La literatura siempre ha sido el terreno ideal para el debate de las ideas. En el caso de México, desde antes de la independencia, ya había grupos de escritores que se reunían para fundar periódicos y revistas. Por supuesto, muchas veces los grandes potentados y políticos eran los que estaban atrás de esos proyectos. Sin embargo, a pesar de las luchas ideológicas, propias de la época anterior a la independencia y los escenarios posteriores, los escritores lograron consolidar algunas obras, aunque muchas

¹ Ciudad de México, 1977. Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP).

veces no se pudieran alejar de los moldes establecidos en Europa, en particular en Francia y España.

La nueva realidad mexicana del siglo XX, asociada – a partir de los años 50 – al llamado “desarrollo estabilizador” (altas tasas de crecimiento económico, baja inflación y control por parte del gobierno mexicano del tipo de cambio), provocó un crecimiento en el número de lectores y en la población universitaria. Aunado a esto, la revolución educativa emprendida por José Vasconcelos – ministro de Educación en el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas – llevó el libro a lugares a los que nunca había llegado. Con esta nueva realidad, los tirajes de las obras aumentaron y, lo más importante de todo, la figura del intelectual cobró una importancia inusitada.

Teniendo este contexto y, a la par de los esfuerzos gubernamentales para la difusión del libro y la lectura, se funda en 1934 el Fondo de Cultura Económica, gracias a los trabajos de Daniel Cosío Villegas, uno de los intelectuales fundamentales del siglo XX mexicano. La editorial tenía como objetivo inicial la edición de libros de temas económicos, pero pronto se extendió al ámbito de otras ciencias sociales y, por supuesto, de la literatura. Con el tiempo esta editorial se convertiría en una de las más importantes de Iberoamérica. Décadas después, en 1982, se fundó la red de librerías Educal que ayudó a llevar los libros a muchos estados del país. En 1988, se creó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) que funcionó como una institución dedicada a la promoción y difusión de la creación artística. En 2015 el Conaculta se transformó en la Secretaría de Cultura Federal que, a grandes rasgos, conservó las atribuciones de su antecesora. Creado en el sexenio del presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), el Conaculta no estuvo exento de polémicas, pues fue visto como un espacio para que los artistas formaran círculos cercanos al

poder. De esta forma, el gobierno no correría el peligro de ser criticado por la clase intelectual del país. Considerando la poca legitimidad del presidente Salinas de Gortari, quien llegó a la silla presidencial después de una elección fraudulenta, estas sospechas parecen creíbles. Adscrita al Conaculta nació la Dirección General de Publicaciones (DGP), encargada de la publicación de libros. Con la llegada al poder del presidente Andrés Manuel López Obrador en 2018, se ha planteado la fusión del Fondo de Cultura Económica con las librerías Educal. Este cambio, reciente, aún no se ha completado. El objetivo, según la información oficial, es reducir costos y aumentar los alcances de ambos proyectos.

Mi experiencia como autor ha sido con la Dirección General de Publicaciones a través de las coediciones que convoca anualmente y con el Programa Editorial Tierra Adentro. Este último fue el encargado de publicar mi primer libro de cuentos: *Ella sigue dormida* en 2009. El programa nació en 1990 con un objetivo principal: descentralizar el apoyo a los jóvenes escritores en todo el país. Históricamente la Ciudad de México ha concentrado todas las dependencias gubernamentales. Los escritores siempre han tenido que viajar a la capital del país para buscar una oportunidad en el mundo cultural. Juan José Arreola, Juan Rulfo, entre muchos autores de provincia, llegaron al centro del país para integrarse a centros universitarios o dependencias gubernamentales. En el siglo XX, México seguía siendo – a pesar de algunos esfuerzos – un país desarticulado, dependiente de las instrucciones que se daban en la capital. La idea de Tierra Adentro, impulsada desde un inicio por su creador Víctor Sandoval, fue descubrir jóvenes talentos en el interior del país y conseguir que sus obras se publicaran sin pasar por el filtro de la ciudad de México. Tierra Adentro se inició como revista y

añadió a su oferta un catálogo de libros que, en muchas ocasiones, fueron óperas primas de autores que, con el tiempo, se integraron a la historia de la literatura en México. Por otro lado, la publicación de los libros es acompañada (hasta las reglas vigentes en 2018) de encuentros de jóvenes creadores menores de 35 años y la convocatoria a premios de ensayo, poesía, cuento, novela, teatro y crónica.

Cuando publiqué mi primer libro con el fondo pude comprender las bondades, retos y desafíos del programa. En primer lugar, valoré el esfuerzo de algunas organizaciones – muy pequeñas, la mayoría – que gestionaban la presencia de un autor en sus ciudades para que presentara su libro. En México es muy común que los planes de estudio de literatura incluyan autores del canon nacional. Las obras – pensemos en Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Octavio Paz, entre muchos otros – son importantes, pero es necesario complementarlas con historias más cercanas al contexto de los lectores de las nuevas generaciones. Ante esta deuda, Tierra Adentro intenta enseñar que la creación literaria no pertenece, necesariamente, a los autores muertos o extranjeros, sino a personas jóvenes que, desde diversos puntos de México, escriben sus ensayos, cuentos, novelas, poemas, crónicas y obras de teatro. Por otro lado, este tipo de promoción enseña al autor joven que los lectores están en todos lados, muchas veces fuera de los límites de los centros culturales de las grandes ciudades. Esta retroalimentación es, sin duda, positiva.

Los grandes desafíos de un programa como Tierra Adentro incluyen la burocratización de muchos procesos, los constantes recortes presupuestales y, por supuesto, la falta de una visión a largo plazo que ayude a corregir errores y aprovechar el terreno ganado para potenciar los alcances del programa. La

promoción del libro y la lectura no sólo involucra la publicación de un título, pues en México escasea el público lector de calidad, es decir, personas que tengan la habilidad necesaria para internarse y entender un texto literario. De esta forma, una de las herramientas clave para que los títulos del fondo cumplan su cometido es hacer un trabajo transversal que incluya la relación con escuelas públicas y privadas. No hay que olvidar que el arte, cuando se desarrolla en el ámbito gubernamental, es más que una expresión, es una llave para repensar las relaciones entre nosotros, la historia de nuestro país y comprender lo que le sucede al otro. La realidad mexicana – desbordada por la desigualdad y marcada cada vez más por la violencia – necesita replantear el sistema económico que ha producido una pobreza rampante y atacar problemas sistémicos como la corrupción, pero también echar mano del arte para imaginar otro mundo posible y llevarlo, tarde o temprano, a la vida de todos.

